

Chanchito



EL DIBUJO PARA LOS NIÑOS

con lápices y cajitas de colores que vende EL MENSAJERO, es el pasatiempo más agradable y útil.

En la misma Librería y Papelería, es la agencia de *Billiken* y *Marilú*, las mejores revistas argentinas para niños.

EL BANCO DE LA REPUBLICA

interesado en facilitar a la juventud la consulta de obras sobre cuestiones económicas y financieras, y aumentar en la generalidad de las gentes la afición por este género de estudios, ha resuelto abrir para el público la BIBLIOTECA DEL BANCO, que está siendo provista de las obras nacionales y extranjeras de mayor actualidad.

HORAS DE LECTURA:

DE 2 A 4 Y MEDIA P. M.,
TODOS LOS DIAS,
EXCEPTO LOS SABADOS
Y DOMINGOS

Estufitas eléctricas de verdad !

Para la cocina
del muñequero

Pídele a tu mamá que te
lleve a verlas al almacén de la

Energía

Calle 13, No. 10-69

ESPACIO

Disponibile



*Ahora comprendo
por qué fuma papá!*

CORREO A PASTO EN TRES DIAS

Correos diarios - Pasajes - Equipajes - Encomiendas - Carga y Giros.

Dos despachos fijos semanales de y para Medellín, Cartagena y Barranquilla, con mensajeros prácticos y honorables que viajan cuidando la mercancía que se nos confía. 28 años de práctica. 86 Oficinas en todo el país.

Telégrafo: "GERRIBON"

Carrera 8a., No. 14-88.

**EXPRESO COLOMBIANO S. A.
DE RIBON E HIJOS**

PARA NIÑOS Y NIÑAS:

Ferrocarriles con rieles, túneles y estación, en todos tamaños, desde \$ 1.00 hasta \$ 10.00.

Cajas de mecanos para todas las combinaciones mecánicas.

JUEGOS DE CROQUET. - Juegos combinados en cajas de cinco.

Automóviles en todos estilos.

Caballos, osos, perros, vacas, etc.

Juegos de té, bañitos, teléfonos, camitas, pesebres, muñecos y muñecas.

Y TODO LO QUE UD. PUEDA
DESEAR PARA OBSEQUIAR UN
NIÑO DESDE RECIEN NACIDO

ALMACEN DEL CENTRO

A. DUFFO

BOGOTA - CALLE 12, No. 6-47.

UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Albumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas.

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

AUGUSTO DUFFO

BOGOTA

CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

PARA LOS NIÑOS

EL MEJOR
RECONSTITUYENTE

EXTRACTO
DE
MALTA DE

BAVARIA

Con licencia de la Comisión
de
Especialidades Farmacéuticas.

ARTICULOS DE PINTURA



COLORES AL OLEO

COLORES A LA ACUARELA

COLORES PARA ANUNCIOS

COLORES PARA PINTAR SOBRE TEJIDOS

TIZAS PARA PINTAR AL PASTEL

TIZAS AL OLEO

PAPELES, PINCELES,
PALETAS, LAPICES, ETC.

OPTICA ALEMANA

SCHMIDT HERMANOS

CALLE 12, NUMERO 176

Nada tan rico

como frotarse el cuerpo,
después del baño
con

Agua de Colonia

Pídele a tu papá

una botellita de una
que es superior, y
no cuesta mucho:

la de la
**PERFUMERIA de
CUNDINAMARCA**

Calle Real con Calle 15
BOGOTA

CHANCHITO

REVISTA ILUSTRADA PARA
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Directora, Mercedes Caro

ADMINISTRACIÓN:

Calle 57 - 8-13—Tel. 82 Ch.



VALOR DEL EJEMPLAR EN
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.)	\$ 1.20
6 meses (26 ")	\$ 2.30
1 año (50 ")	\$ 4.50

Por correo: Apartado 385

Por telégrafo: **Chanchito.**

VOLUMEN III

BOGOTA, SEPTIEMBRE 13 DE 1934

NUMERO 53

EL NIÑO NATURALISTA

Don Joaquín Antonio Uribe, de quien mis lectores conocen ya algunas páginas muy bellas, es un modesto sabio antioqueño, ya entrado en años, que, como el viejo Fabre en Francia, ha vivido agachado sobre la tierra, estudiando los misterios de las plantas, las costumbres de los insectos, las propiedades de los minerales, y otras cosas más.

El mundo de la naturaleza, palpitante de rumores y matices, inagotable en maravillas, defendido siempre por ejércitos de alas, no tiene secretos para el bondadoso naturalista antioqueño, que es confidente y amigo íntimo de sus pobladores. El ha vivido en esos reinos democráticos, y se ha constituido en inimitable cronista de cuanto ha visto, oído y observado. El ha estudiado las leyes de una república establecida en un árbol, ha asistido a las sesiones de un congreso celebrado en una selva y ha oído las conferencias de un caballo de palo, animalito semejante a una rama seca, ante un concurso de grillos y saltones. Se ha acercado a los hormigueros y se ha enterado de las disposiciones militares que rigen en sus ejércitos y de las leyes de trabajo que rigen entre sus obreras, alejadas de huelgas y motines y consagradas a su labor con

actividad y constancia. El ha publicado las memorias de una oruga y los viajes a la Luna de un Erebus, y ha acompañado en sus andanzas a un cocuyo, que tiene mucho de Quijote, y a un cucarrón, que tiene bastante de Sancho Panza.

A veces el naturalista levanta la vista al cielo, pasa de lo minúsculo a lo inmenso, y nos deleita hablando de los astros, de los planetas, que son los nietos consentidos del Sol, y de los cometas trasnochadores y vagabundos, que recorren los caminos de los cielos, ostentando su penacho luminoso de mosqueteros.

Don Joaquín Antonio Uribe tiene ahora preparada y lista para publicarse, una obrita consagrada a la infancia, que llevará por título *El Niño Naturalista*. Un caballero de Medellín, a quien no tengo el honor de conocer, ha tenido la fineza de escribirme dándome la noticia, y me ha enviado algunas muestras de ese trabajo, unos capítulos muy cortos, que por lo perfumados y bellos, parecen escritos en pétalos de rosa. Oportunamente avisaré la aparición de *El Niño Naturalista*, para que todos mis lectores lo adquieran y tengan la sorpresa de ver que lo que han comprado no es un libro sino un mundo.

ESPOIR EN DIEU

De Víctor Hugo.

¡Espère, enfant! et puis demain encore,
Et puis toujours demain! croyons dans l'avenir,
Espère! et chaque fois que se lève l'aurore,
Soyons là pour prier, comme Dieu pour bénir!

Nos fautes, mon pauvre ange, ont causé nos souffrances;
Peut-être qu'en restant bien longtemps a genoux,
Quand il aura béni toutes les innocences,
Puis tous les repentirs, Dieu finira par nous!

TRADUCCION

*Espéra, niña, espéra todavía,
Confiando en el mañana, con fe en el porvenir;
Que te sorprenda el alba de cada nuevo día
Dispuesta a la plegaria, cual Dios a bendecir.*

*Y pues nosotros mismos plantamos las semillas
De que germina el árbol de nuestro propio mal,
Postrémonos, que humildes nos halle de rodillas
Al impartir su gracia la mano paternal.*

*Que acaso, ya benditas todas las inocentes
Cabezas de los niños, y dado su perdón
Para todas las lágrimas que imploran penitentes,
Alcance hasta nosotros su santa bendición.*

1910.

ANTONIO J. MEJIA

UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS

POR JULIO VERNE

(Continuación).

Se cazaron patos y cercetas, que en aquellos parajes abundan mucho, no sólo para nutrirse de carne fresca sino también para economizar los víveres provisionados en la despensa.

Juan Cornbutte hizo instalar en la punta del palo mayor una especie de nido de cornejas o tonel sin fondo, donde colocó un vigía que debía observar constantemente las llanuras de hielo.

A los dos días de haber perdido de vista el bergantín la isla de Liverpool, empezó a soplar un viento fresco que enfrió súbitamente la temperatura y aparecieron algunos indicios del invierno.

No había tiempo que perder. "La Joven Audaz" debía apresurarse todo lo posible, antes que el camino se le cerrara en absoluto.

Avanzó, por consiguiente, entre los pasos que los bloques de hielo —algunos de los cuales tenían treinta pies de grueso— dejaban entre sí.

En la mañana del 3 de septiembre llegó el bergantín a la altura de la bahía de Gael-Hamkes. La tierra estaba entonces a una distancia de treinta millas a sotavento.

"La Joven Audaz" vióse por vez primera en la precisión de detenerse frente a un banco de hielo, de media milla de anchura por lo menos, que no le ofrecía paso alguno, por lo que se resolvió cortarlo con las sierras.

Instaladas estas herramientas fuera del bergantín, encargó su manejo a Penellán, Aupic, Grandlin y Turquette, quienes trazaron los cortes de manera que el agua pudiera llevarse en su corriente los trozos desprendidos.

En esta operación empleó la tripulación veinte horas, por la dificultad que había, de sostenerse sobre el hielo. Como, para trabajar, veíanse a veces precisados a meterse

en el agua, la labor resultó doblemente penosa, porque los trajes de piel de foca no les preservaban de la humedad sino muy imperfectamente.

Además, en aquellas latitudes elevadas el trabajo excesivo fatiga mucho, porque llega a faltar la respiración, y los hombres más robustos se ven obligados a descansar de cuando en cuando.

Al fin, el paso quedó libre y el bergantín pudo ser remolcado hasta más allá del banco de hielo que le había impedido avanzar durante tanto tiempo.

VI

EL TEMBLOR DE HIELOS

"La Joven Audaz" vióse obligada a luchar contra obstáculos insuperables durante algunos días más.

Los marineros, casi constantemente con la sierra en las manos, tuvieron, además, que emplear la pólvora para volar los enormes bloques de hielo que obstruían el paso.

El 12 de septiembre, todo el mar que se divisaba desde el bergantín era una llanura sólida sin salida, de suerte que era imposible avanzar ni retroceder.

El termómetro señalaba casi constantemente diez y seis grados bajo cero.

Se aproximaban, por consiguiente, el momento de invernar y la estación de las grandes heladas con su obligado acompañamiento de torturas y de peligros.

"La Joven Audaz" se encontraba, a la sazón, casi en el 21º de longitud occidental y en el 76º de latitud norte, a la entrada de la bahía de Gael-Hamkes.

Juan Cornbutte se dispuso a hacer los preparativos necesarios para invernar. En primer lugar se ocupó en buscar una ensenada que le permitiera estar a cubierto de los chubascos y de los grandes deshielos, y,

como la tierra, que debía encontrarse a unas diez millas al Oeste, era el único lugar que podía ofrecerle un refugio seguro, resolvió ir a hacer un reconocimiento.

Al efecto, emprendió la marcha, acompañado por Andrés Vasling, Penellán, Grandlin y Turquette, llevando cada uno raciones para dos días, porque no era probable que la excursión durara más tiempo.

Llevaron, además, pieles de búfalo para dormir sobre ellas.

Como había nevado copiosamente y la nieve no se había helado aún, fuéles imposible a los excursionistas caminar con la rapidez que deseaban, porque a veces se hundían hasta medio cuerpo y tenían que adoptar grandes precauciones para no caer en las grietas.

Penellán, que iba delante, sondeaba cuidadosamente las depresiones del suelo con su bastón ferrado.

Hacia las cinco de la tarde, empezó a condensarse la bruma y los excursionistas se vieron precisados a detenerse.

Penellán se ocupó en buscar un bloque de hielo que pudiera abrigoarlos contra el aire, después de lo cual los expedicionarios tomaron algún alimento, y, con el pesar de carecer de bebidas calientes, extendieron sobre la nieve las pieles de búfalo, de que iban provistos, se envolvieron en ellas, se apretaron unos contra otros y se quedaron dormidos. El sueño fue más poderoso que el cansancio.

A la mañana del día siguiente, Juan Cornbutte y sus compañeros se encontraron, al despertar, sepultados bajo una capa de nieve de más de un pie de espesor; pero, como afortunadamente las pieles en que estaban envueltos eran absolutamente impenetrables, la misma nieve que había caído sobre ellos contribuyó a conservarles el calor natural impidiendo la radiación.

Juan Cornbutte dispuso en seguida la partida, y, próximamente al mediodía, los expedicionarios divisaron por fin la costa, que ya un rato antes habían entrevisto, aunque sólo confusamente a causa de los enormes bloques de hielo que, cortados en dirección perpendicular, se elevaban sobre la playa.

Las variadas cimas de estas masas de hielo, cortadas en todos sentidos y afectando todas las formas, reproducían los fenómenos de la cristalización.

Al aproximarse los expedicionarios, tendieron el vuelo millares de aves acuáticas, y las focas, que se hallaban indolentemente tendidas sobre el hielo, se apresuraron a zambullirse.

—No nos faltarán aquí pieles ni caza— dijo Penellán.

—Según parece —agregó Juan Cornbutte—, no es ésta la primera vez que estos animales ven hombres, porque en los parajes completamente deshabitados no suelen ser tan ariscos.

—Únicamente los groenlandeses visitan esta zona— repuso Andrés Vasling.

—Sin embargo, aquí no hay señal alguna de su paso, ni se ve ningún campamento, ni la más pequeña choza— objetó Penellán, después de extender la vista en torno suyo, desde un pico elevado.

—¡Eh! ¡Capitán! Venga usted. Desde aquí se divisa una punta de tierra que nos preservará muy bien de los vientos del Nordeste.

—¡Por aquí, muchachos!— dijo Juan Cornbutte.

Lo siguieron los compañeros, y pronto se unieron todos a Penellán, quien, efectivamente, había dicho la verdad. Una punta de tierra bastante alta adelantábase como un promontorio y, encorvándose hacia la costa, formaba una barrera de una milla de profundidad, a lo sumo. Algunos bloques movibles de hielo, rotos al chocar con esta punta de tierra, flotaban en medio, y el mar, abrigado contra los vientos más fríos, no se encontraba aún completamente helado.

El sitio era excelente para invernar; pero faltaba conducir a él el bergantín.

Ahora bien, habiendo observado Juan Cornbutte que la planicie de hielo próxima era de gran espesor y siendo, por consiguiente, difícil abrir en ella un canal para llevar el buque a su destino, era preciso buscar otra ensenada, pero Juan Cornbutte avanzó inútilmente hacia el Norte en busca de ella. La costa era recta y escarpada en

una gran longitud y, más allá de la punta, encontrábase directamente expuesta a los vientos del Este.

Esta circunstancia desconcertó al capitán tanto más cuanto que Andrés Vasling, fundándose en motivos perentorios, hizo ver que la situación era muy grave.

A Penellán le costó gran trabajo probarse a sí mismo que lo que ocurría en aquella coyuntura era lo mejor que podía ocurrir.

El bergantín no tenía, pues, sino la probabilidad de encontrar un lugar de invernada en la parte meridional de la costa, lo cual era retroceder; pero no se podía vacilar.

Los expedicionarios emprendieron el camino de regreso al bergantín, y, como los víveres empezaban a faltar, marcharon con gran rapidez.

Mientras recorrían el trayecto que los separaba de "La Joven Audaz", Juan Cornbutte buscó un paso que fuese practicable o, por lo menos, alguna grieta que permitiese abrir un canal a través de la planicie de hielo, pero no encontró una cosa ni otra.

Al caer la tarde, llegaron los marineros al sitio donde habían pasado la noche anterior y, como durante el día no había nevado, pudieron encontrar las huellas de sus cuerpos sobre el hielo. Tenían, pues, el lecho dispuesto y se acostaron, envueltos en sus pieles de búfalo.

Penellán, muy contrariado por el fracaso de su exploración, dormía bastante mal, cuando, en un momento de insomnio, percibió un ruido sordo y se quedó escuchando.

Aquel ruido parecióle tan extraño, que, sorprendido y alarmado al mismo tiempo, dió un codazo a Juan Cornbutte para que despertara.

—¿Qué sucede?— preguntó el capitán, que, según la costumbre de los marinos, tuvo en seguida tan despierta la inteligencia como el cuerpo.

—Escuche usted, capitán— respondió Penellán.

El ruido aumentaba con sensible violencia.

—¡Este ruido, en una latitud tan elevada, no puede ser un trueno!— dijo Juan Cornbutte, levantándose.

—Creo que pronto vamos a tener que entendérmolas con los osos blancos— repuso Penellán.

—¡Diablo! Sin embargo, todavía no los hemos visto.

—Más pronto, o más tarde, debemos esperar su visita. Comencemos por recibirlos bien.

Penellán cogió su fusil y se encaramó precipitadamente sobre el bloque de hielo que les servía de abrigo. Como la obscuridad era muy densa por estar el cielo cubierto, no descubrió nada; pero un nuevo incidente le convenció pronto de que el ruido no procedía de las inmediaciones.

Juan Cornbutte acudió al lado de Penellán y ambos advirtieron con espanto que el ruido, cuya intensidad había despertado ya a los compañeros, se producía bajo sus pies.

Un peligro de nueva especie los amenazaba. A este ruido, que pronto semejó el de los truenos, agregóse un movimiento de ondulación muy perceptible en el bloque de hielo.

Algunos marineros, perdiendo el equilibrio, cayeron rodando.

—¡Atención!— gritó Penellán.

—¡Sí!— le contestaron.

—¡Turquiette! ¡Grandlin! ¿Dónde estáis?

—Aquí —respondió Turquiette, sacudiéndose la nieve de que estaba cubierto.

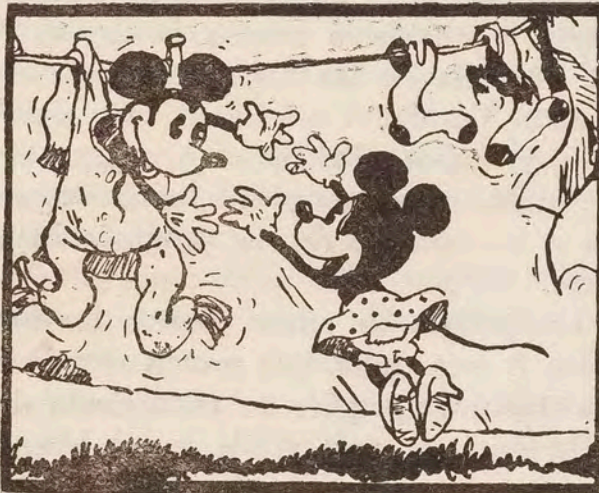
—¡Por aquí, Vasling!— gritó Juan Cornbutte a su segundo—. ¿Y Grandlin?

—Presente, capitán... Pero ¡estamos perdidos!— exclamó Grandlin con espanto.

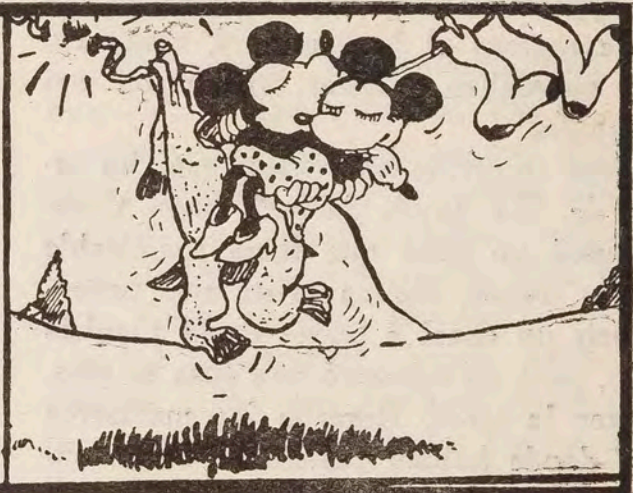
—¡De ningún modo!— repuso Penellán.—Por lo contrario, quizá nos hemos salvado.

No bien hubo concluído de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un crujido espantoso, la llanura de hielo se quebró por completo y los marineros viéronse obligados a agarrarse al bloque que oscilaba bajo sus pies.

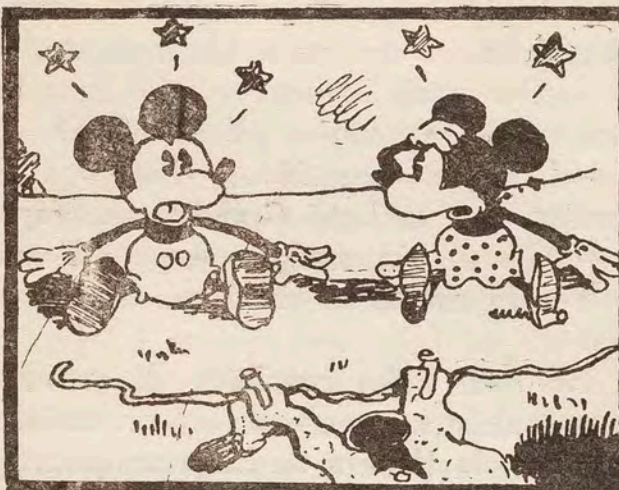
(Continuará).



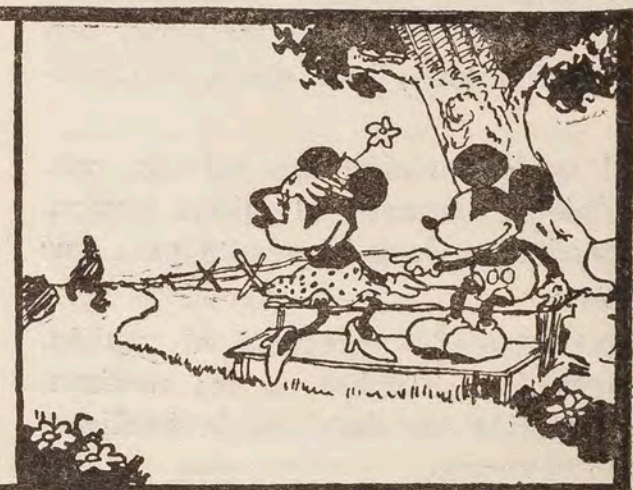
130.— — Qué dicha!
— Qué gusto!
— Venga un abrazo!
— De mil amores.



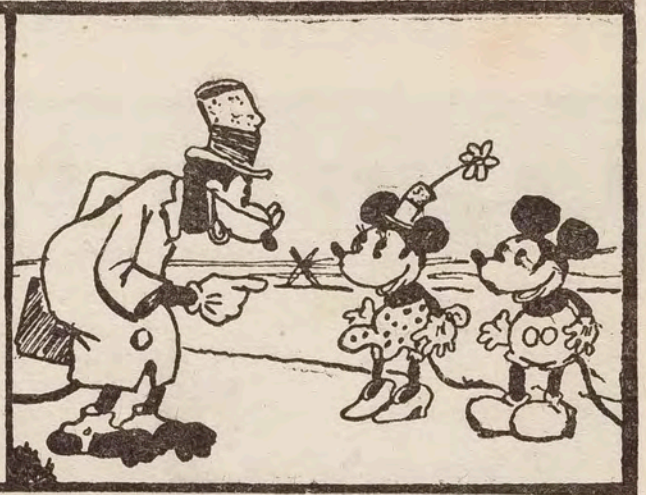
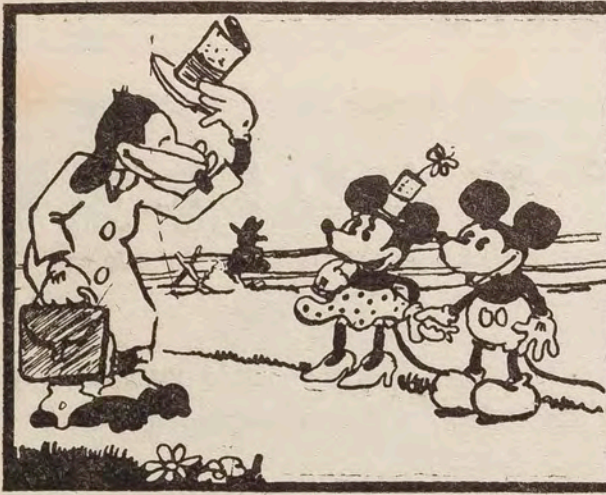
131.— En su transporte de alegría, los pobres incautos no ven que la cuerda se revienta.



132.— Patatrás....! "Me parece, querido Mickey, que los viajes te han hecho más pesado."

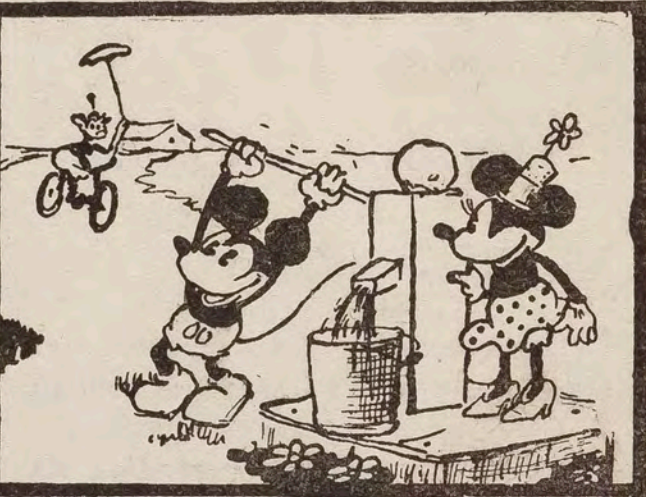
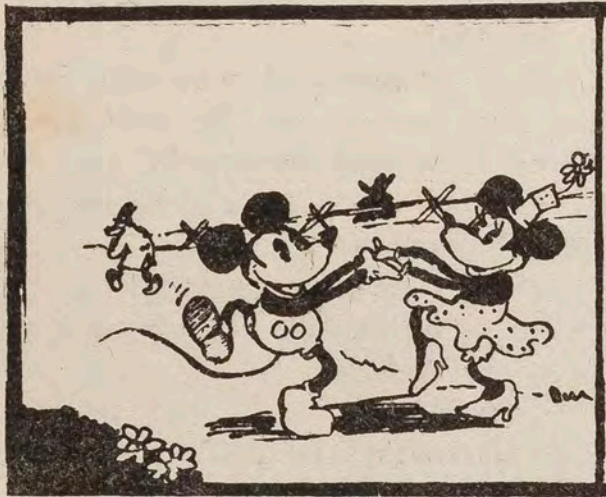


133.— "Allí viene el señor Notario con la cartera llena de papeles."



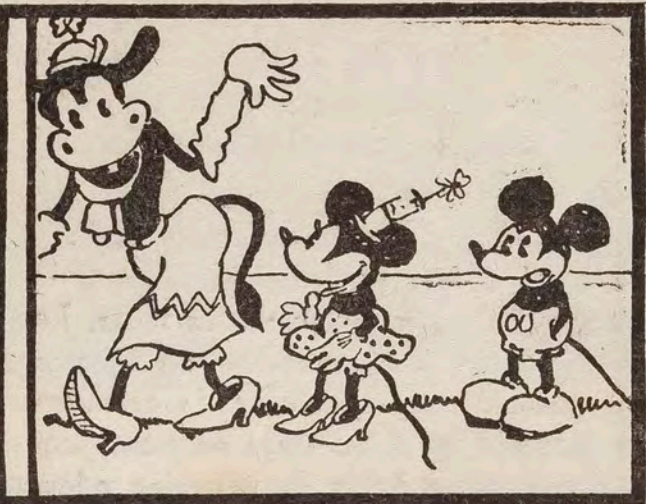
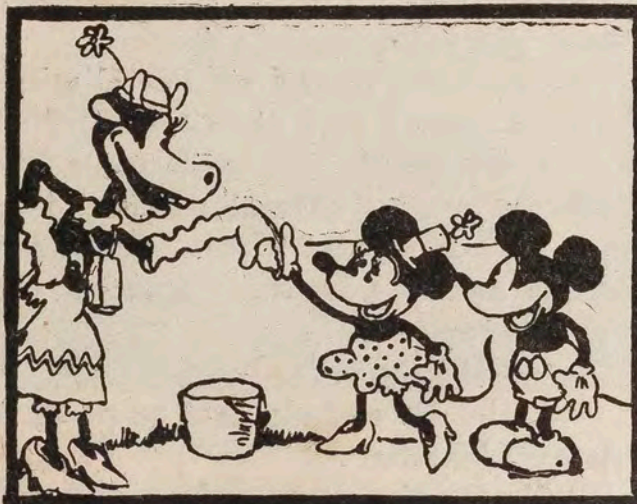
134.—“Buenos días, Minnie y Mickey. Os traigo una nueva feliz.”

135.—“¿Sabéis lo que sucede? Que Minnie acaba de heredar a su tío el señor Radevil.”



136.—“Ah! Minnie, qué gran acontecimiento. No te has fijado que el señor Notario es muy buen mozo?”

137.—“Muy buen mozo desde hace un momento? Allí viene doña Hermoso-cuerno, la vaca, a felicitarte seguramente.”



138.—“Querida Minnie, acabo de saber tu fortuna. Cuánto lo celebro.”

139.—“Dios quiera que el dinero no te haga perder la cabeza. Muchas felicidades y adiós!”

LA HIJA DE CARILES



(Continuación).

Hallábanse allí sentados a una mesa tres personajes de muy malas trazas que comían y bebían, y con ellos una niña pequeña, pálida y enfermiza, que parecía rendida de cansancio y de pena. Sus ojos estaban muy encendidos, porque, sin duda, había llorado mucho; ya no tenía acaso fuerzas ni para llorar, y quería cruzar sus bracitos delgaditos y desnudos sobre la mesa, para apoyar en ellos la cabeza; pero a cada momento la vencía el sueño, sus bracitos resbalaban y la niña caía sobre uno de sus compañeros, que violentamente la cogía y la volvía a colocar en el banco. Uno de ellos se levantó al fin, y le dijo:

—“Mira, si te duermes duérmete ahí”.

Y la llevó a una piedra, inmediata a la chimenea, y volvió a sentarse a la mesa. La niña extendió sus pies, calzados con zapatos rojos, y pareció muy satisfecha de calentarse. Era invierno, y ni su traje de punto color de carne, ni su falda de muselina adornada de lentejuelas le preservaban del frío. También los hombres que la acompañaban vestían trajes de saltimbanquis; pero habían tenido buen cuidado de ponerse sobre sus trajes de trabajo pesados capotones de

carreteros.

—“Ya se duerme”, dijo uno de ellos.

La niña, en efecto, estaba quietecita y parecía dormida.

—Hablemos de nuestros asuntos, dijo uno. Ahora que la patrona ha muerto, ¿qué vamos a hacer? La representación de esta noche no ha sido muy buena que digamos; tres francos y sesenta céntimos de entrada. No hay medio de continuar así. ¿Qué dices tú, Saltarín?

—Yo, —contestó el personaje interpelado— digo que me voy. He hablado ya con el amo de la gran barraca del otro extremo de la plaza; pero antes debemos arreglar nuestros intereses.

—¿Qué intereses?, preguntó el payaso, que no había hablado todavía, ocupado como estaba en beber.

—Tóma! pues que... ¿no tenemos que hacer el reparto? La patrona ha muerto, y somos sus herederos; nos separamos, y es preciso repartir el fondo de la sociedad. Ni más ni menos.

—Ah, es verdad!, exclamó el payaso. Entonces yo me quedo con el mono; tenemos costumbre de trabajar juntos.

—Yo me quedo con el establecimiento, dijo el que había hablado primero.

—Este no es manco, siempre el mismo, el señor Labocat; para él lo mejor.

—Como que soy el más elocuente. ¿Sabéis vosotros acaso llamar al público lo mismo que yo? Os dejo el mono, la ardilla y los demás animales, y vuestros trajes y vuestros instrumentos.

—¿Y Migaja...?

—Cálle! Es verdad; ¿qué se puede hacer de esa chiquilla...?

—Esa no sirve para nada, y hay que enviarla al hospicio—, dijo el payaso.

—Puede hacer la colecta, interrumpió Labocat, porque, como es tan pequeñita, interesa al público. Y además, dándole de co-

(Pasa a la página 15)



EL PEREZOSO DE COSTA RICA Y PANGOLIN DEL AFRICA CENTRAL

El perezoso de Costa Rica, colgado de un árbol constituye una vista extraordinaria como podemos apreciar por lo que nos revela la fotografía inferior. Difícil se hace distinguir en este animal lo que es la cola y lo que es la cabeza. En la parte superior podemos ver un pangolín de cola corta del Africa. La cabeza de este animal es de tipo más primitivo que la de sus afines y en realidad, a primera vista, parece como si el escamoso cuerpo careciera de cabeza propiamente dicha, o bien que terminase en punta. Los dos animales que presentamos se consideran comúnmente como pertenecientes al mismo grupo zoológico.



La hora de los niños

(De Longfellow)

ENTRE el ocaso y la aurora.
 cuando anocheciendo va,
 hay una hora, la hora
 de molestar a papá.

De bandidos disfrazados
 la puerta abrimos con tiento,
 y con pasos muy callados
 dejamos nuestro aposento.

Por la escalera después
bajamos con facha hostil,
en la punta de los pies
y con precauciones mil.

A su puerta hacemos alto,
y en un breve cuchicheo
concertamos el asalto,
el ataque y el saqueo.

Y de pronto con fiereza,
de las tizonas al brillo,
tomamos la fortaleza
del señor de horca y cuchillo.

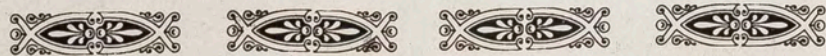
A la torre secular
ascendemos en gavilla,
es decir, al espaldar
y a los brazos de su silla.

Y con designios aviesos,
prisionero en nuestros lazos,
lo devoramos a besos
y lo asfixiamos a abrazos.

Hasta que él grita: "Menguados
follones y aventureros!
Aún tengo alientos sobrados
para luchar y venceros".

Y en arranque tremebundo,
por angosto socavón,
nos arroja hasta el profundo
foso de su corazón;

donde estaremos con grillos
por la eternidad entera,
o hasta que de sus castillos
no quede el polvo siquiera.



PAGINA PARA ILUMINAR



LA HIJA DE CARILES

(Viene de la página 10)

mer de cierta manera, no sería difícil conseguir que no creciera, y tendríamos entonces una enana que valdría más que Tom Pouce y todos los demás de la clase.

—Eso no es cosa segura— observó Saltarín—. Lo que es la sensiblería...! La tonta de su madre no permitió nunca que se la dislocase; lista como es, hubiera llegado a ser una artista de primera fuerza. Pero ahora ya es tarde.

—Tarde...? Si lo más tiene seis años. Aún es tiempo; probaremos, y si la cosa va bien, yo me encargo de su educación.

—Entonces nos darás una indemnización, si te quedas con la barraca y la chiquilla.

—Eso sería bueno cuando supiéramos lo que valdrá la chica; porque, ¿y si se estropea y no puede trabajar?

—Entonces tienes el recurso de meterla en el hospicio.

—De todos modos, no se la puede incluir ahora en el inventario.

—Bueno, ya se verá, Payaso; arríma aquí el vino: parece que te lo quieres beber tú solo. Con que tenemos que repartir: un mono, cuatro perros sabios, una ardilla, cinco instrumentos de música, un traje de marqués, otro de turco... ¡Cálle! ¿Dónde se ha metido la chiquilla...?

El Payaso y Saltarín se volvieron vivamente a mirar; la niña había desaparecido.

—¿Se ha marchado...? ¡Imposible!, dijo el Payaso, asombrado. Si la he visto aquí hace un instante, mientras me tomaba el último vaso de vino! Estará por ahí dentro jugando con el gato, que le he visto correr ahora.

—Migaja, aquí!, exclamó Saltarín con su tremendo vozarrón.

Nadie contestó. Y en vano los saltimbanquis registraron todos los rincones, y preguntaron al bodegonero, a la criada, a los bebedores. Nadie les supo decir qué había sido de ella; se había desvanecido como un cohete en el aire.

—Ah, la mala pécora!, exclamó Lavocat. Estaba ahí fingiendo que dormía, nos ha oído y se ha escapado. Pero ya la atraparemos. Cada uno por una calle, a buscarla. No puede estar lejos.

Y salieron los tres.

CAPITULO III

Encuentro al pie de un guardacantón.

Migaja no había fingido que dormía; la inocente era incapaz de discurrir una cosa tan complicada. Solamente, en el momento en que sus ojos empezaban a cerrarse, había oído hablar de la patrona, y esta palabra había bastado para despertarla. La patrona, la mujer que había sido enterrada por la mañana, y cuya herencia se repartían los saltimbanquis, era su madre, la única per-



sona que había demostrado amar a Migaja. Esta se acordaba vagamente de haber tenido padre, que se había estrellado, cayendo al suelo un día que bailaba en la cuerda. Desde aquel día su madre estaba muy triste, lloraba muy frecuentemente, y se mostraba a veces muy adusta con Migaja. Saltarín había venido a vivir en la barraca para bailar en la cuerda, en lugar del padre de Migaja; y la niña recordaba que algunas veces, cuando la creían dormida, aquellos tres hombres, Saltarín, Payaso y Lavocat, habían disputado con la madre, y que hablaban de ella, que ellos querían hacerle daño y su madre se oponía. La pobre niña siempre les había tenido miedo, sin saber por qué, y muerta su madre se encontraba en su poder, sin defensa. Les estaba oyendo, y de pronto se estremeció, comprendiendo lo que decían. Migaja se sintió acometida de profundo terror, y viendo una puerta abierta, huyó sin mirar atrás.

Se encontró en el patio de la hostería o bodegón. En el fondo de una cuadra, situada al otro lado del patio, vio brillar la luz de una linterna; allí se entró. Sobre el pesebre donde comían los caballos, vió una ventanilla, cuyo cristal estaba roto. Ayudándose de una horquilla apoyada en la pared, subió sobre el pesebre, llegó a la ventanilla, se asomó, y vio una callejuela obscura donde había varias carretas vacías; una de éstas con su toldo de tela, estaba inmediata a la ventanilla; allí estuvo un momento midiendo la distancia, y luego saltó. No se hizo daño; se deslizó suavemente desde el toldo de la carreta hasta el suelo, y echó a correr, asustándose al más leve ruido, conteniendo la respiración y creyendo oír por todas partes pasos y voces que la perseguían. Salió de aquella calle, y entró en otra, y luego en otra, aterrada, no sabiendo a dónde iba y procurando sólo alejarse de sus perseguidores. Sin embargo, la noche iba ennegreciéndose más y más; Migaja, rendida de cansancio, apenas podía sostenerse. Varias veces cayó, y se levantó; y volvió a caer y a levantarse. En fin, su pie encontró un guijarro, y esta vez, al caer, su frente dio contra un guarda-cantón de

piedra colocado a la puerta de una casa, y fue tan violento el golpe y tan grande el dolor, que la pobrecita se desmayó.

Mientras que Migaja estaba allí, helada y moribunda, los saltimbanquis, creyendo que habría salido por la puerta grande de la hostería, la buscaban en la plaza y en las calles próximas; y Carilés, fumando su pipa y después de haber bebido un vaso de vino de Vallet, se despedía del amo y se dirigía a su casa. Iba silbando para entrar en calor porque hacía frío, y se había levantado un airecito penetrante desde que cayó el sol. Fue por la acera de la plaza unos momentos, y se entró luego por una calle que torcía a la derecha, entre la masa de casas detrás de la hostería.

—Vaya si está obscuro! decía. Si la pipa no se me hubiera apagado, me alumbraría un poco; pero ¿quién la enciende con este viento? Lo mismo da, ya no debo estar lejos de casa, y creo que puedo empezar a tantear las puertas para reconocer la mía... Eh! qué es esto que hay aquí?

Esto era el pobre cuerpecito de Migaja, que el pie de Carilés acababa de encontrar inesperadamente. Carilés, sorprendido, dio un paso atrás y vaciló; pero felizmente pudo sostenerse, porque si no, hubiera caído sobre Migaja o sobre la piedra, lo que hubiera sido poco agradable para ella o para él. Y quiso conocer la causa del tropezón.

—¿Será un lío de ropa?, se preguntó. Nó, nó, es algo vivo. Un niño, de fijo es un niño. ¿Qué hace este chico aquí? No hace tiempo para dormir en la calle. ¡Pobre chucuelo! voy a despertarle, y le regalaré un molino de viento, si es que no se me han echado a perder.

Hablando así, había abierto la puerta, y resguardado del viento, había encendido un fósforo para ver bien lo que hacía. Vio a sus pies los molinos, que recogió, y junto a la piedra a Migaja dormida.

—¡Cálle!, exclamó; es la niña de esta noche. ¿Cómo habrá venido hasta aquí? Se ha hecho daño, tiene sangre, y parece muer-

CUADROS DE LA NATURALEZA EL DESFILE

Fue sencillamente un sueño.

Vi anoche desfilan —quedándome pasmado y temeroso— todos los animales que figuran, más o menos, en esta serie de cuadros, organizados en rigurosa procesión cívica.

No andaban, ni volaban, ni nadaban. Se movían deslizándose silenciosamente, uno tras otro, como en un cinematógrafo, con orden admirable.

Parece que querían celebrar la resurrección maravillosa de tres de ellos, muertos hace algunos años: el Rotífero, la Anguílula y el Tardígrado.

Pasaban por gremios.

Abrían la marcha las extrañas vírgenes de la quebrada y el jardín: la Sabaleta y el Pulgón. Su estandarte era un sépalo de lirio.

Detrás iba un grupo que representaba la Educación Pública insectil, formado por el Cocuyo y la Fulgora laternaria. Llevaban como enseña una violeta.

Seguían otras comunicadas, muy conocidas y estimadas. No pude ver sus divisas. Eran las siguientes:

Sociedad científica: el Buho, consejero de César; el Currucutú, el discreto Pavonia y la Rana, la amiga de los físicos.

Sociedad de ingenieros: el Castor, la Hormiga, la Abeja y la Araña. Esta última, especialista en puentes colgantes.

Sociedad de beneficencia y caridad: el Perro, condecorado con la Cruz Roja, el Gallinazo, el Guale, el Gallito, el Tulcán.

Sociedad de artistas: el Armiño,

el Turpial, el Cucarachero, el Azulejo, la Mariposa, la Oruga.

Sociedad de comercio: el Murciélago, el Gato, la Zorra, el Caimán.

Sociedad de temperancia: la Broma y el Gorgojo.

Sociedad de industrias y proveedores de víveres: la Liebre, el Conejo, el Guatín, el Cerdo, el Buey, la Oveja, la Cabra, el Ciervo, la Foca, la Morsa, la Garza, la Cochinilla, el Cangrejo, la Madreperla, la Sepia.

Luégo, la alta nobleza vertebrada: el León, el Caballo, el Camello, el Elefante y la Danta. Conducían en una urna las cenizas del Mastodonte. Ahí iban la Cigüeña y la Paloma.

Más atrás el Ejército, representado por bandadas de Guacamayas, Golondrinas, Langostas y alguna especie de Hormigas.

Cerraba el desfile el populacho, compuesto de bohemios bullangueros e inútiles: el Mono, el Mico, el Cucarrón o Escarabajo, la Chicharra y la Libélula; holgazanes estorbosos y dañinos: la Marmota, el Mapuro, la Rata, el Erizo, el Pinche o Afrechero, el Caballo-de-palo, el Saltón, el Grillo, el Zángano y la Mosca; y verdaderos bandidos, desvergonzados y francotes: el Jaguar, la Pantera, el Oso blanco, el Boa, una serpiente venenosa, el Cocodrilo, el Tiburón, el Escorpión, un Acaro y un Helminto.

Uno iba rezagado por ser casi inválido: el Monóculo.

El espectáculo no podía ser más pintoresco, más intencionado, más edificante. Y desperté.

JOAQUIN ANTONIO URIBE

LA FORTUNA Y EL POBRE

Un mendigo harapiento se iba arrastrando de puerta en puerta. Llevaba colgado a la espalda un viejo zurrón y pedía en cada casa un mendrugo de pan o unos céntimos para aplacar el hambre.

Murmuraba de su suerte y no comprendía cómo podía haber hombres que, poseyendo grandes riquezas, no estuvieran todavía satisfechos.

“Hé aquí el dueño de esta casa, a quien bien conozco—se decía.—Fue siempre un buen comerciante y hace mucho tiempo se hizo inmensamente rico. La cordura le aconsejaba que cesara en sus negocios, que dejara la vida activa, pues estaba en condiciones de vivir tranquilamente, disfrutando de su espléndida fortuna.

“Mas, ¿qué es lo que realmente hizo? Púsose a construir naves y a enviarlas cargadas de mercancías hacia lejanos países. Ambicionaba acumular de esta manera montones de oro.

“Mas se desencadenaron en el mar furiosas tempestades. Los buques naufragaron y sus riquezas fueron devoradas por las olas. Ahora las esperanzas del mercader yacen sepultadas en el fondo del mar y sus inmensos bienes se han desvanecido como un sueño.

“Se dan muchos casos como éste. Hay hombres cuya ambición es insaciable, y no se contentarían aunque poseyeran todo el oro del mundo. En cuanto a mí, con sólo tener lo suficiente para comer y vestir, quedaría satisfecho”.

En aquel instante llegó por la calle la Fortuna. Vio al mendigo, se detuvo y le dijo:

—Oye, hace tiempo que tengo pen-

sado favorecerte. Abre el zurrón, voy a echar en él un poco de oro. Sólo te impongo una condición bien sencilla: todo lo que caiga en el zurrón será oro puro; pero toda moneda que caiga al suelo quedará convertida en polvo. ¿Me entiendes?

—Sí, sí; he comprendido—dijo, anhelante, el pobre.

—Entonces, mucho cuidado—advirtió la Fortuna—. Tu zurrón es algo viejo y te aconsejo que no lo llenes demasiado.

El mendigo se puso feliz, y sin perder un momento, abrió rápidamente el zurrón y en él vertió la Fortuna un chorro de monedas de oro. Pronto empezó el zurrón a pesar.

—¿Tienes bastante?—preguntó su favorecedora, cerrando las manos.

—Todavía no.

—¿No empieza a romperse el zurrón?

—No temas.

Las manos del pobre empezaban a temblar. ¡Ah! si el chorro de oro manara siempre.... siempre!

—Eres ahora el hombre más rico del mundo!—le anunció la Fortuna.

—Un poquito más—dijo el mendigo—; añade sólo uno o dos puñados.

—¡Cuidado! Míra que ya está lleno. Tu zurrón va a reventar.

—Pero aún puede contener un poco más, sólo un poquito más!—suplicó el insaciable ambicioso.

Se añadió una moneda más y el zurrón reventó. El tesoro cayó al suelo y al instante se convirtió en polvo. Lanzó entonces la Fortuna una carcajada y se desvaneció. El mendigo se quedó como antes, con el zurrón vacío y completamente estropeado.

EL AUTOMOVIL.

Nadie está muy seguro de llegar a viejo, pero la verdad es que, desde que los automóviles existen, las probabilidades de no morir de debilidad senil han aumentado considerablemente. No me explico cómo no se han adoptado medidas de carácter colectivo contra ese mal. Hay Ligas contra la tuberculosis y Sociedades antialcohólicas. Las víctimas del automovilismo alcanzan una cifra suficientemente crecida para merecer iguales honores.

El remedio, sin embargo, está inventado ya. Lo ideó un vecino de Buenos Aires: hemos leído la noticia hace varios meses en un periódico de Madrid.

Erase un señor de abundantes carnes, que no podía permitirse una gran ligereza al atravesar las calles de la capital argentina, y que, por lo tanto, sufría el constante peligro de fallecer aplastado por los automóviles.

El hombre estudió su caso y, a primera vista, le pareció que no había para él más que dos soluciones amparadoras: no salir de su casa o salir en auto. Por desgracia, las dos eran imposibles en la práctica. Nuevas reflexiones lo llevaron a una tercera iniciativa. Obtuvo una licencia para usar armas y se lanzó a la vía pública con el corazón más tranquilo que nunca.

Jamás como aquel día se vio al señor gordo cruzar tan serenamente las calles. Caminaba a toda la velocidad que, sin excesivo esfuerzo, le permitía su volumen. Procuraba esquivar buenamente los ómnibus y los tranvías, pero ya no sudaba de terror ni palidecía de ansia, sino que en su rostro resplandecía la serena sonrisa del ciudadano consciente de sus derechos.

A pesar de su actividad de correcto viandante, no pudo evitar que a los pocos minutos el peligro se cer-

niese sobre él. Con esa heroica despreocupación por las vidas ajenas que caracteriza a los choferes de todos los países, un automóvil avanzó a toda marcha contra el señor gordo, por la derecha. Quiso él apartarse, y vio venir por la izquierda otro vehículo que evidentemente disputaba al primero la satisfacción de aplastarlo. . .

El señor gordo creyó llegado el momento de ensayar su sistema salvavidas. Súbitamente metió ambas manos en los bolsillos del saco, y súbitamente aparecieron dos brillantes revólveres, apuntando el uno al chofer de la derecha y el otro al chofer de la izquierda.

Como movidos por una fuerza sobrenatural, ambos vehículos pararon en seco en aquel instante. El señor gordo pasó, llegó a la acera, guardó sus revólveres, saludó con una amable sonrisa a los conductores de los autos, y los animó con un ademán bondadoso a continuar su marcha.

Aquel señor gordo tenía del automóvil un concepto nuevo y recomendable: el automóvil era para él un terrible enemigo del hombre, una fiera que aspira a aplastarnos y que lo consigue con demasiada frecuencia. El hombre debe ir prevenido contra las fieras, ya sea en una selva virgen, ya en las calles de una ciudad. Pero ocurre que los monstruos de esta nueva especie no tienen más que un punto vulnerable: el chofer. Luego hay que procurar poner la bala en ese punto. Esta es la luminosa teoría del señor gordo. Así, el señor gordo que inventó el procedimiento es tan digno de la gratitud de la humanidad como el que ideó el suero antidiftérico. Hágasele una estatua, y, así como es obligatoria la vacuna, oblíguese también a los ciudadanos a llevar armas que los preserven de morir ridículamente.

FERNANDEZ FLOREZ



SU MAJESTAD NEMEQUENE

De pocos caciques se guardan tan bellos recuerdos, como que dió a su pueblo sabias leyes y amplió sus dominios. Como hijo de la hermana mayor de Saguanmachica, hacía muchos años que, recluso en tenebrosa cueva, se preparaba para gobernar a su pueblo. De estatura regular, cuerpo musculoso, ojos de vivacidad ratoncillesca, rostro grave y gesto altivo, su coronación constituyó un suceso para su pueblo. Todos los hijos de la Bachué se preparan a correr la tierra, porque hay nuevo señor. Y, miradlos: todos, hombres, mujeres y niños, cubierta la cabeza de las más bellas plumas, atado a la cintura el guayuco, y el pecho robusto adornado de collares y los brazos de brazaletes, llevan auestas las ofrendas que reservan a sus dioses porque les dieron tan magnífico rey. Sudorosos alcanzan las crestas de la cordillera y poseídos de verdadero vértigo se echan a correr, como gamos, por la sierra; que el que más corra, será el que llegue primero a la laguna sagrada y por consiguiente alcanzará mayores favores del cielo. Antes de emprender tamaña correría, han ayunado por varios días para purificarse de sus faltas, y así preparados vuelan más que corren salvando precipicios, matorrales, y son muchos los que mueren en la demanda. Así dan la vuelta a toda la sabana, llegan a Ubaque, vuelven por cercanías de Fusagasugá, llegan hasta las lagunas de Pasquilla, de Tota, de Fúquene, hasta alcanzar la más preciosa de todas: la de Guatavita.

Formados a su alrededor, separados por pueblos, los músicos ensordecen con sus flautas y tambores; las fogatas donde queman la resina rodean la inmensa laguna, y el humo todo lo cubre. El príncipe que espera a la orilla rodeado de los principales señores es cubierto de pez, y sobre ella dejan

caer cantidades enormes de polvo de oro. Si vierais cómo resplandece cuando el sol alumbra su cuerpo. Y ahora se adelantan a una balsa que llena de riquezas espera al joven príncipe que va a ser consagrado Zipa de Bacatá. A este momento el humo todo lo envuelve, y así, sin ser vista de nadie, avanza la balsa hacia el centro de la laguna con el séquito real. Ya en el medio el estruendo es infernal. Todos gritan, tocan, cantan; los tambores atruenan y es entonces cuando Nemequene arroja sus más preciadas joyas al fondo de la laguna, y tras ella zambúllese en el agua el que desde este instante es nuevo rey de los chibchas. Después, la borrachera, los cantos que recuerdan los triunfos de los antepasados, y por último, la locura de todos.

En ricas andas, cubiertas de láminas de oro, vuelve el señor a su palacio de Bacatá, y comienza su gobierno. Deudas atrasadas tiene con sus vecinos y precisa cobrarlas, con todo valor. Se lanza a la guerra. No olvida que el Guatavita es su peor enemigo, y para vencerlo se vale de la astucia. Sabe que Guatavita ha prohibido que los maravillosos joyeros de su señorío se ausenten a servir a otro señor, antes de que éste le mande dos chibchas, a cambio del artista. Así, poco a poco, sin que su rival se dé cuenta, llena Nemequene los dominios del enemigo, con los guerreros que envía a cambio de innumerables labradores de oro. La guardia de Guatavita se compone ya de soldados enemigos y una noche los ejércitos de Nemequene avanzan silenciosamente sobre Guasca y a una señal convenida la guardia de Guatavita se vuelve contra su señor, al tiempo que los soldados del Zipa, que han bajado como rayos, todo lo destruyen y lo aniquilan. Así Nemequene vence a su temido enemigo.

SU MAJESTAD NEMEQUENE

Y sigue peleando. Si por ese lado derrotó a sus enemigos, tras de ellos queda el Ubaque, a quien es preciso someter, y, ¡arriba con ello! Dura brega tuvo que sufrir, pues la tierra del Ubaque es quebrada, y por consiguiente dominan a sus tropas. Por fin caen, y luégo el Ebaté, que en su lenguaje quiere decir sangre derramada, así llamado por sangrientos combates de que se conservaba la tradición en el país. A pesar del poderío de Ebaté, los de Susa (paja blanca), y Simijaca (pico de lechuzas) se unen con su vecino para no ser sometidos a Nemequene. Inútil resistir al empuje del Zipa y su gente, que llegaron en sus conquistas hasta Saboyá.

Tales triunfos envanecen a Nemequene, que se lanza a la guerra contra el Zaque. A inmediaciones de Chocontá se encuentran los dos ejércitos. Durante todo un día luchan sin descanso. Son cien mil los combatientes, y dardos y piedras silban lanzados con maestría de las macanas, las hondas y las tiraderas. El Zipa, gravemente herido, fue sacado por sus súbditos del campo de batalla, quedando Hunsa victorioso. Nemequene trasladado en sus andas tan rápidamente como lo podían sus mejores corredores, llegó por fin a Muequetá, donde cinco días después expiró, dejando por sucesor a su sobrino Thisquesuza, que ahora gobierna el pueblo chibcha.

Tío Remiendos.

LA HIJA DE CARILES

(Viene de la página 16).

ta. Y si no lo está lo estará mañana, si se queda en la calle toda la noche. ¿Qué haré? Si pasara alguno por la calle, me diría, acaso, a dónde la podría llevar; pero por aquí no pasa nadie a estas horas. Y no se la puede dejar aquí; voy a ver si hay en la casa alguna buena mujer que se quiera encargar de la criatura.

Y Carilés cogió la niña en brazos, entró y cerró la puerta.

CAPITULO IV

Donde comienza la educación de Carilés.

Todo dormía ya en la casa; subiendo la escalera Carilés miró todas las puertas, pero no vio brillar el más pequeño rayo de luz; escuchó atento, y no oyó otro ruido que el de los ronquidos que se respondían de cuarto en cuarto, y llegó al suyo sin haber hallado modo de soltar a Migaja. No se le ocurrió, sin embargo, volver a llevarla junto al guarda-cantón. La tendió en el jergón y encendió, para verla un poco, un cabo de vela de sebo.

—¡Pobre niña!, exclamó. ¿Es posible abandonar a un sér tan débil? Y no es fea, a fe mía! ¿Seis años? No es posible; los niños de seis años no son tan pequeños como ésta. Yo debo saberlo bien, que veo bas-

tantes niños desde que me ocupo del comercio de molinos de viento. ¿Cómo la haré volver en sí? Niña! Niña! No responde. Sus manos están como el hielo. Si encendiese un poco de fuego...! Sí, señor, aún tengo la provisión de leña que me dejó el vecino.

Carilés fue a buscar la leña. Estaba muy seca, porque hacía cuatro o cinco años que se encontraba en un rincón de la habitación de Carilés. Pronto puso unos pedazos en la chimenea, y con un fósforo y un puñado de recortaduras de papel y de cartón, procedentes de su fabricación de molinos, prontamente ardió el papel, y la leña empezó a chisporrotear alegremente; parecía que le gustaba cumplir el destino para el que había sido creada. Carilés levantó del jergón a Migaja, se sentó delante del fuego, sobre el banquillo, y puso sobre la lama su manaza enorme, de la que se sirvió luégo para friccionar dulcemente los entumecidos y hielos miembros de la niña.

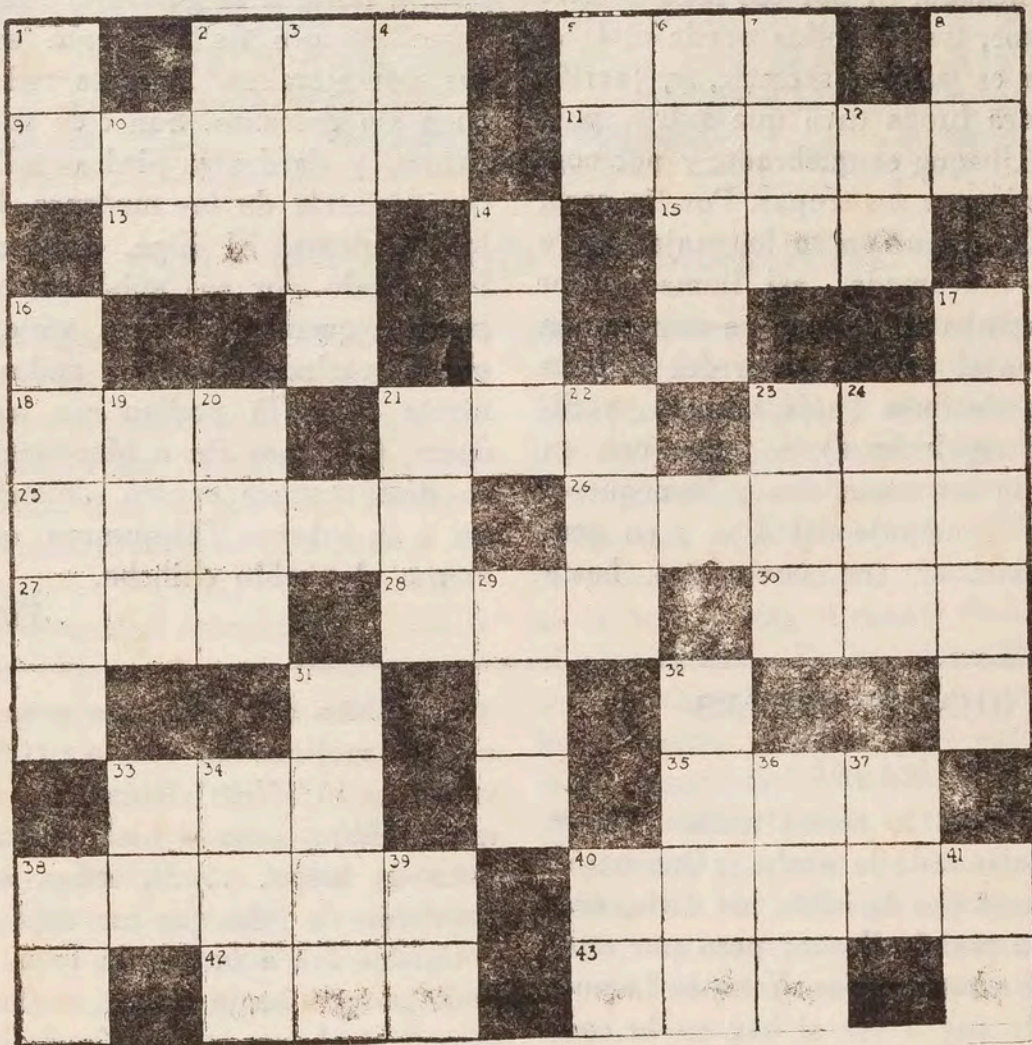
Al cabo de un momento, Migaja recobró el calor y el sentido.

—Quiero beber, murmuró.

—¿Beber...? repitió Carilés consternado. Y no tengo aquí una gota de vino! Como cuando tengo sed entro en la taberna... que en todas partes las hay, a Dios gracias... ¿Pero dónde encuentro yo algo que dar de beber a este arrapiezo?

(Continuará)

CRUCIGRAMA



Horizontales:

- 2—Nombre antiguo de varón que se usaba en España.
 5—Del verbo atar.
 9—Nombre de mujer.
 11—Nombre de mujer.
 13—Niñera.
 15—Adjetivo que se pone antes del nombre de un santo.
 18—Plantigrado. (Fem.).
 21—En el mar.
 23—Del verbo caer.
 25—Tomar alimento.
 26—Instrumento para abrir y cerrar.
 27—Nombre de consonante.
 28—Composición poética.
 30—Segundo nombre de un presidente de Colombia, antioqueño.
 33—Movimiento convulsivo.
 35—Lo contrario de menos.
 38 y 40—Nombre de mujer.
 42—Del verbo arar.
 43—Impar.

Verticales:

- 1—Del verbo dar.
 2—Monarca.
 3—Artículo indefinido. (Fem. Pl.).

4—Adverbio de tiempo.

5—Contracción.

6—Corazón de la mazorca de maíz.

7—Del verbo oír.

8—Del verbo ir.

10—Artículo definido. (Fem.).

12—Sociedad Nacional.

14—Condimento indispensable para las comidas.

16—Cocinar.

17—Firmamento.

19—Astro.

20—Del verbo amar.

21—Metal precioso.

22—En las aves.

23—Perro.

24—Pájaro.

29—Veinticuatro horas.

31—Agarrar.

32—Metal que atrae.

33—Pronombre personal.

34—Pato y juego.

36—Juego.

37—Afirmación.

38—Lo mismo que el número 10.

39—Interjección invertida.

40—Sonido imitativo del mugido de la vaca.

41—Voz de mando.

Biblioteca Infantil.

PARQUE DE LA INDEPENDENCIA

OBRAS DE SCHMIDT:

La Nochebuena

Los dos hermanos

Eustaquio

El Condesito

La cruz de madera

El canastillo de flores

El nido del pájaro

La paloma

El honrado Fridolín

La condesa Ida

Rosa de Tanemburgo

La granja de tilos

Los huevos de pascua

La guirnalda de flores

HORAS DE LECTURA:

Todos los días, excepto los lunes, de las 9 a las 12 y de las 12½ a las 5.

Los domingos, de las 10 a las 12.

LEER ES ILUSTRARSE

ILUSTRARSE ES CONTRIBUIR
AL ENGRANDECIMIENTO DE
LA PATRIA

BIBLIOTECA INFANTIL

ALLI ENCONTRARAN LOS NIÑOS
ESTAS OBRAS:

Cuentos del abuelito
Vida de Jesucristo
Episodios de Historia Sagrada
Cuentos para niños
Vidas de hombres célebres
Episodios históricos
El libro de las maravillas
Tardes de Otoño
Los hijos del héroe
Flores de juventud
Verdades y fantasías
Desconocidas aventuras de Teresa Panza

Y muchas novelas de aventuras, narraciones, libros
de ciencia y de arte escritos especialmente para
los niños.

HORAS DE LECTURA:

**DIAS MARTES A SABADO, DE 9 A.M., A 12 M., Y DE
2 1/2 P.M., A 5 P.M.**

DOMINGOS, DE 10 A.M., A 12 M.

LUNES NO SE ABRE.

N I Ñ O S

Aprovechen los domingos para pasear con sus familias en los trenes de recreo, beneficiándose con el reducido valor de los pasajes que les ofrece el

CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES

El pasaje hasta Apulo, de un sábado a lunes, en primera clase, incluyendo el servicio del hotel, sólo cuesta \$ 9.80. El pasaje de ida y regreso al Salto de Tequendama, en sábado o domingo, y en primera clase, vale \$ 0.50. En el magnífico hotel del Salto se les atenderá por un precio muy módico.

JUVENTUD DE AHORRO, VEJEZ DE ORO

EL PORVENIR ES INCIERTO - ECONOMICAMENTE USTED ALGO DE LO QUE GANA TODOS LOS DIAS - LLEVE SUS AHORROS A LA

CAJA COLOMBIANA DE AHORROS

PLANTA BAJA DEL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA, Y SOLICITE UNA PRECIOSA ALIANZA PARA EL AHORRO EN EL HOGAR

BANCO CENTRAL HIPOTECARIO

Cédulas de Acumulación, de
Capitalización y de Renta.

**Asegure
el porvenir
de sus hijos** !

CONSIGNE UD. \$ 8.07 el 1.º de cada mes y al fin del año recibirá una cédula de \$ 100.00.

CONSIGNE UD. \$ 3.61 al principio de cada semestre y a los diez años recibirá \$ 100.00

CONSIGNE UD. \$ 100.00 y a los veintitrés años y medio recibirá \$ 400.00.

CONSIGNE UD. \$ 1.000.00 y después de cinco años se habrá asegurado una renta mensual.

LA LOTERIA DE CUNDINAMARCA

DARA A USTED POR SOLO \$ 0.20

UN PREMIO DE \$ 700-00

POR SOLO \$ 2-00

UN PREMIO DE \$ 7.000-00

Cinco sorteos y cinco premios mayores

CON SOLO UN BILLETE

10.000 PREMIOS

**GRAN SORTEO EXTRA-GRATIS TODOS LOS AÑOS
PARA LOS NO FAVORECIDOS EN DINERO**